

Puestos en camino

Migraciones y acompañamiento

Daywing Rafael Duarte Miranda, S.J.

*Todo comenzó cuando puse los pies en la línea fronteriza
entre Nicaragua y Costa Rica... Ver a la gente entre los matorrales,
con temor en el rostro y la inseguridad en sus corazones,
buscando un espacio para abrirse camino
y continuar; me puso en camino con ellos
y con sus sueños...*

Introducción

La realidad de las migraciones globales ha forzado a los países a repensar sus políticas de admisión de migrantes con herencias culturales y experiencias históricas diferentes que enriquecen aun más a las sociedades multiculturales a las que llegan, pero que presentan un reto grande a las ya deficientes estructura estatales que no son capaces de políticas incluyentes que garanticen la igualación de los discriminados, la incorporación de los marginados y la integración de sus diferencias a la vida común del resto de sus ciudadanos y mucho menos de garantizar la coexistencia en igualdad de derechos.

Los mal llamados “países de acogida” y sus políticas nacionalistas propician mecanismos donde lo diferente no es bien recibido, lo que ha generado problemas serios de exclusión y de marginación a migrantes e incluso a ciudadanos del mismo país. Es común que este tipo de sociedades perciban a lo que consideren diferente a su pretendida homogeneidad social, cultural o lingüística; como una alteración, contemplándolo como deficiente o como algo puesto en ajeno, lo que en consecuencia provoca sentimientos y actitudes xenofóbicas y en casos extremos la masacre de inocentes. Igualmente, los gobiernos y las autoridades adoptan una actitud indiferente, es decir que aunque reconocen la diferencia del “otro” inhiben toda preocupación solidaria respecto a su humanidad.

Asimismo, el problema de la identidad ciudadana y del derecho a los beneficios que ésta otorga a los ciudadanos de un determinado país es un punto de debate fuerte en cuanto a garantizar iguales beneficios para quienes llegan procedentes de otros países con intenciones de trabajo o residencia que, en cuanto seres humanos, también son sujeto de iguales derechos. Y ante la falta de mecanismos legales o de negligencia de los Estados para solventar tal necesidad, las migraciones de indocumentados se han estigmatizado con el estatus de ilegales. No es extraño entonces que cuando el espanto y el rechazo brotan con fuerza, se multipliquen las políticas, los mecanismos, los discursos y los recursos para controlar, expulsar y criminalizar a las personas migrantes (Rocha Gómez, 2006) por parte del Estado y sus instituciones.

Los países emisores de migrantes paradójicamente también adoptan políticas de indiferencia que dejan en la indefensión a sus propios ciudadanos; a lo interno, en no buscar alternativas para solventar las causas que obligan a las personas a abandonar su país de origen o a su retorno cuando son deportados y, a lo externo, al no involucrarse en la lucha por hacer valer los derechos humanos de sus ciudadanos en los países de acogida. Esta situación deja en claro la doble indefensión que sufren las personas migrantes y la falta de políticas públicas y económicas acordes a las necesidades reales de la sociedad.

Sin embargo, dentro de la globalidad de los problemas que desbordan las capacidades estatales para darles respuestas, han surgido organismos supranacionales que intentan responder de alguna manera a las necesidades urgentes de las comunidades de riesgo (Habermas, 1999). Es decir, organizaciones y proyectos regionales con acciones más allá de las fronteras y los Estados que entre otras cosas intentan estudiar, analizar, incidir, proponer alternativas, crear condiciones, brindar servicios legales, proporcionar ayuda material y humana. En suma, intentan acompañar en lo político, lo social, lo humano o lo espiritual; en dependencia del carácter de cada organización.

Este es el caso del Servicio Jesuitas para Migrantes (SJM) que, unido al Servicio Jesuitas para Refugiados (SJR), responde a una iniciativa universal de la Compañía de Jesús. Esta prioridad apostólica de la Compañía tiene incidencias y acciones diversas de acurdo a las regiones geográficas y a las necesidades particu-

lares de los países en los cuales trabaja. Dentro de este marco, el presente escrito tiene como base mi experiencia de acompañamiento y trabajo con migrantes en el SJM de Centroamérica, específicamente en Costa Rica. Donde traté de cerca con migrantes residentes e indocumentados en los suburbios de la capital y en la frontera con Nicaragua por el río San Juan. Experiencia valiosa en cuanto me permitió conocer, sentir, reflexionar, tomar postura y sentirme inserto dentro de la misión de la Compañía y de la invitación constante de Dios a acoger y asumir nuestras realidades históricas para convertirnos en sujetos de cambio.

El acompañamiento parte de acoger la realidad de quienes se acompañan

La realidad descrita anteriormente no es ajena al caso particular de las migraciones de nicaragüense a Costa Rica, por ello, vale la pena acercarnos a los rasgos de la realidad personal que viven los y las migrantes como parte de una experiencia que nos coloque en la historia y que a través de ella nos renueve en la fe y en la esperanza que nos une al “otro” en su sufrimiento y nos dispone a su servicio desde una acogida sincera y encarnada de su realidad.

Según las estadísticas, Nicaragua se ha constituido en una de las naciones cuya emisión de migrantes ha crecido más en los últimos diez años y más de la mitad de nicaragüenses que se han ido lo han hecho en los últimos cuatro años. Esto explica la acelerada y creciente presencia de migrantes nicaragüenses en los dos destinos preferidos para quienes se van: Costa Rica (53 %) y Estados Unidos (34.6%) (Rocha Gómez, 2006). En Costa Rica, por ejemplo, el censo del año 2000 registró 226, 374 nicaragüenses residiendo en el país (Castro Valverde, 2007), Más los migrantes indocumentados, que según estimaciones no oficiales apuntan a que podría ser un grupo integrado por unas 130,000 personas, para esa fecha (Gatica López, 2007). Es claro que hoy ese número de indocumentados ha incrementado, al igual que los retos que ello nos implica como acompañantes en esta experiencia de ser compañeros de camino.

Pero, ¿Qué realidad estamos invitados a acoger? De mi experiencia en la frontera me impresionó que hasta hace unos años atrás, los migrantes capturados, en la frontera por el río San Juan, eran detenidos y encarcelados en las instalaciones de migración en un lugar conocido como “el hueco”. Según se comenta, las condiciones eran precarias, sin camas ni servicios sanitarios. En

el lugar se encerraban a hombres, mujeres y niños, que hacinados, esperaban su deportación. No tenían comida ni espacio para dormir. – Hay que imaginar ese pequeño lugar en temporada alta para las migraciones –. Hoy, “el hueco”, sólo guarda basura, cosas viejas, mal olor, barrotes corroídos, paredes manchadas con escritos que descargaron la furia de los migrantes que alguna vez estuvieron encerrados en ese lugar y sombras de dolorosos recuerdos, sueños truncados e intentos fallidos.

Otras numerosas señales indican que la migración de indocumentados en Costa Rica es muy riesgosa. Muchos que logran cruzar la frontera con éxito y establecerse en algún punto para vivir, en condiciones precarias en su mayoría, y trabajar en lo que logran conseguir; se enfrentan a una serie de dificultades derivadas del racismo, la xenofobia y otras formas de intolerancia, que se expresan en forma diversas. También abusos, violencia y engaños en el caso de la trata de personas y en amenazas a la integridad física. Sin olvidar las estafas de abogados que les prometen conseguir permisos de trabajo o residencias, que después de mucho dinero desaparecen o les entregan documentos falsos. Más todo el dolor que les genera el haber roto con los familiares que dejan, la soledad, la exclusión, el trabajo duro, la enfermedad...

Es común escuchar de algunos costarricenses que los nicaragüenses somos arrimados, delincuentes y prostitutas. Nos hacen parecer como una amenaza para la seguridad y por añadidura, piensan que ese migrante que contamina la gobernabilidad también puede contaminar la raza (Rocha Gómez, 2006). En el imaginario tico, el nicaragüense de piel tostada, indio, pelo chiriso, palmado y belicoso es contrapuesto con al costarricense blanquito, de raíces europeas, clase media y pacífico (Sandoval García, 2006). Es impresionante imaginar toda la dinámica de exclusión, marginación y rechazo que toda esta realidad implica para jóvenes, adultos y niños. Más aún para los indocumentados.

El acompañamiento exige una actitud empática

Esta es parte de la realidad que los migrantes viven y el estar juntos puestos en camino, en este contexto, exigirá ser empáticos con ellos y sus realidades. Es decir que como acompañantes supondrá de nosotros haber experimentado de primera mano las implicaciones históricas de la persona; esto es, haber gustado y sentido aquellas situaciones y experiencias por las que han pa-

sado quienes acompañamos de manera personal o institucional. Puesto que la tarea de ser testigos del paso de Dios por la historia y por la vida de esta gente sólo puede asumirse estando enteramente encarnados en su realidad y sintiéndonos seguidores de Cristo enviados por Él a esta misión.

El acompañamiento entonces debe partir desde un compromiso histórico. Pues también implica para el acompañante haber hecho una opción por los empobrecidos, los marginados y los excluidos; realidades que fácilmente encarna un migrante. Y, por consiguiente, el no ser ciegos a esta realidad histórica, que como se describe al inicio, se ha convertido en una espiral que crece y se agudiza al no encontrarse soluciones viables por parte de los Estados y por la indiferencia política y social que se generaliza. De lo contrario, el no querer asumir nuestra responsabilidad como cristianos frente a la realidad de los migrantes nos hace cómplices y no compañeros solidarios.

Esta experiencia empática de la historia y el compromiso solidario con quienes la viven se convierte en un momento de gracia y de experiencia profunda de Dios. Es Él quien se muestra en la realidad personal y vulnerada de cada persona y descubrirle ahí es una invitación constante a asumir una postura responsable que nos lleve a acciones concretas que tengan como referente el encuentro personal con Cristo y las necesidades contextuales del migrante. De esta manera cada testimonio, lágrima, sentimiento o gesto encontrará esperanza en la experiencia salvífica de un Dios presente y vivo que se encarna en personas e instituciones concretas.

En otras palabras, este compromiso espiritual e histórico con la realidad del migrante implicará una postura activa y propositiva que será vital para el acompañamiento social desde la búsqueda de incidencia en las políticas estatales, el apoyo en la regularización de indocumentados, la asistencia a las necesidades básicas de quienes las carecen, el acompañamiento espiritual para quienes los soliciten y la cercanía humana con quienes se comparte. Más todas las iniciativas y proyectos que aporten a un bien más universal en este sentido. Y de esta manera nuestras actuaciones contribuirán al bienestar, la inclusión y al crecimiento de todos.

Por consiguiente, la empatía estará fuertemente vinculada a la solidaridad que brota de la experiencia misma de estar puestos en camino. Por un lado, esta experiencia nos sumerge en un pro-

ceso de transformación interior, pues el camino nos exige también avanzar interiormente en nuestra relación con Dios desde la fe, y por otro lado, nos sumerge en el compromiso de ayudar a descubrir y encontrar el paso de Dios en la vida y situaciones de quienes acompañamos desde nuestra propia experiencia espiritual. Puesto que la fundamentación teológica del acompañamiento reside en el hecho de que la fe implica, al mismo tiempo una pedagogía para vivir esa fe y poder expresarla en la historia (Cabarrús, 2000).

Este protagonismo de la fe expresada en la historia es lo que garantizará que toda acción solidaria, política, social o comunitaria y el compromiso mismo tengan como punto de partida el impulso vital que brota desde la intimidad con Jesús. Siendo entonces la oración una clave necesaria desde la cual el acompañante debe iniciar sus primeros pasos por el camino. Solamente así se logrará sintonizar con la acción del Espíritu que busca tener y fomentar la conciencia del nosotros; defender, proteger y consolar; señalar dónde se encuentra Jesús, dónde se encuentran los preferidos del Padre; crear compromiso con la justicia e invitar a ser compasivos; esto es, ayudar a engendrar a Jesús en el mundo (Cabarrús, 2000).

Por tanto, esta postura activa y propositiva del acompañante tendrá como puntos concretos de acción el aporte desde todos los medios necesarios en la construcción de una conciencia social y política que sea inclusiva en la que se pueda convivir solidariamente integrando las diversas cosmovisiones y culturas que se funden como producto de las migraciones y donde cada uno pueda ser en libertad desde su particular alteridad y que esta conciencia pueda ser encarnada en estructuras que la mantengan. También el defender los derechos humanos como pautas para el respeto de la integridad física y a la dignidad de los migrantes; estar preparados para proteger a aquellos más empobrecidos y necesitados en caso de violación o negación de sus derechos a la educación, la salud y otras prestaciones básicas para una vida digna y; estar prestos a consolar a quienes han perdido la esperanza, a los que ven sus sueños truncados, los excluidos o a quienes se les hayan violentado sus derechos.

Igualmente, son puntos concretos de acción señalar la presencia de Jesús entre los preferidos del Padre. Invitando al encuentro vivo con Él desde dentro de la sociedad de acogida para que el fenómeno migratorio sea tratado y asumido con justicia y

visto con compasión a partir de la certeza de que todos somos hijos de un mismo Padre y, de que todos estamos llamados a hacer realidad la presencia de Jesús en el mundo y en cada una de sus realidades. Desde la invitación constante a asumir los mismos sentimientos de Dios que incesantemente trabaja por sus hijos en todas las cosas creadas (E.E., §236).

De ahí que la calidad del acompañamiento personal o institucional estará en dependencia de qué tanto se encarne la solidaridad fundamental que lleva de fondo la construcción del reino de Dios y el seguimiento de Jesús. Que se expresarán en las concreciones de las mociones que le Espíritu inspire como guía y acompañante principal en este camino de encuentro con Dios y construcción de libertad e igualdad. Para ello implicará del acompañante una actitud orante y discerniente de la historia y del paso de Dios por ella desde las realidades vitales de quienes la viven. Para garantizar que se actúa desde los impulsos del Espíritu en su afán de llevar adelante el proyecto de Dios para la humanidad.

En suma, este compromiso histórico y espiritual es el que hará que nuestras acciones e instituciones estén siempre a favor de las luchas y los derechos de los migrantes. Y como resultado, el acompañamiento se convertirá en elemento clave para despertar la conciencia de quienes se acompañan y en la sociedad que los acoge. Así, como acompañantes, al sentirnos puestos en camino nos unimos a los otros caminantes, nos abrimos a sentirnos solidarios y responsables unos con otros y nos comprometemos como compañeros de camino. Puesto que sólo de esta forma el camino nos dará vida y nos hará sentirnos capaces de cambio.

El acompañamiento apunta a una relectura desde la experiencia de Dios

Queda claro entonces que al acompañar uno se involucra con la historia y se va introduciendo en la historia misma. Y al participar de ella se puede experimentar el efecto salvífico y clarificador del paso de Dios por la propia vida y la de los demás. Al estar vinculados por la experiencia y el compromiso con la realidad de los migrantes, el acompañante es capaz de hacer, en conjunto con el o los acompañados, una relectura de la vida desde la experiencia del paso de Dios por la vida y por la historia y entonces cada caminante se transformará a cada paso, descubriendo en él y en su realidad el amor incondicional que Dios le tiene.

Esta experiencia de caminar juntos e ir compartiendo el camino con el migrante es también una vivencia de que Dios camina con nosotros y nosotros con Él. Ir juntos es signo de solidaridad y de compartir la aflicción de los que sufren, pues al caminar con el otro me hago una sola cosa con él. De hecho, al haber tenido una vivencia propia de esta realidad nos pone en sintonía con sus circunstancias históricas. Y es así cómo el acompañante es capaz de hacer presente la figura de Dios en el camino recorrido y la esperanza de su compañía segura en lo que resta sin importar hacia qué dirección se vaya – si es que hay alguna –.

En otras palabras, quien está en camino también está abierto a los demás. Sólo quien está atascado permanece inmóvil y aislado. Por eso es clara la dinámica de Dios y la invitación que incesantemente nos hace a caminar, a ser compañeros de camino. Por ello, ser caminantes implica asumir conscientemente la acción constructiva de la justicia que la misma fe nos exige como cristianos comprometidos desde nuestras propias experiencias salvíficas. Una acción constructiva que envuelve al acompañamiento de la certeza de un Dios que brota de un profundo agradecimiento por tanto bien recibido y que en su abundancia se desborda en gracia también para otros, pero encarnado y redimiendo las realidades históricas.

Entonces, las experiencias profundas de Dios en la vida de cada uno de nosotros se convierten en elementos claves para superar la desunión y el aislamiento y de ese modo crear comunidad con los migrantes. Una comunidad itinerante que se renueva cada día y cada noche en las fronteras o que crece y se arraiga en los suburbios de las ciudades. De las que nadie se va con el corazón vacío, pues solamente esas experiencias profundas de Dios nos hacen capaces de transmitir de primera mano lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, tocado con nuestras manos y vivido en carne propia (1 Jn. 1, 1-3). Exponiendo esas experiencias es como Dios también se revela a los demás, se hace presente y es capaz de dar consuelo y ánimo para continuar caminando.

El acompañamiento personal o institucional debe estar impregnado de estas experiencias profundas de Dios para que realmente sea capaz de brindar algo más y tocar profundamente a la persona. De esa manera se da constancia de que cuando Dios camina con la persona, la protege y le proporciona la confianza para que con su fuerza consiga al final superar todas las dificultades.

Una confianza capaz de fortalecerles internamente, de avivarles la esperanza y de aumentarles la fe. Mecanismos esenciales para mantener la dinámica interna de la persona y de la cual se fortalece para continuar el camino o de la que obtiene consuelo durante todo el proceso de deportación.

Así, el acompañante se convierte en medio para que el acompañado pueda hacer una relectura desde Dios de la experiencia que vive como migrante. Principalmente de aquellos que logran cruzar la frontera, se establecen y continúan su vida buscando sentido desde sus carencias en un nuevo país. Esta relectura de la vida permite que se logre la interiorización de sus significados y desde ahí encontrar sustrato para plantar propuestas de futuro que le nutran en autoestima, en carácter, en consciencia, en información y sobre todo en fortalecer su identidad como hijos de Dios.

En el caso de la zona fronteriza la comunidad con los migrantes será fugaz y se renovará cada día. Por eso el acompañamiento no podrá ser continuo o lograr incidencias a largo plazo. Más bien consistirá en un servicio sencillo y en un acompañamiento silencioso pero siempre abierto a compartir aquello de Dios que nos ha movido en la vida y que siempre nos mantiene en camino. Acompañar será escuchar atento, consolar el llanto, brindar calor humano, mantener una plática amena, cargar a los niños, jugar con ellos. En fin, compartir cada momento sabiendo que al amanecer estarán nuevamente puestos en camino; los que logren pasar, con la esperanza de alcanzar sus metas y lo que no, con la esperanza de volver a intentarlo o con el dolor de ver sus sueños desvanecidos.

En conclusión

El acompañamiento personal o institucional adquiere un compromiso con la historia que involucra y vibra con toda la vida de quien acompaña. Asiéndose de todas aquellas experiencias vitales vividas a en el camino y de su profunda experiencia de Dios. Que mueven también a buscar alternativas realistas que generen posibilidades de vida con sentido y compromiso. Y que permitan a cada migrante en el camino encontrar lo que más necesite según el momento y las circunstancias.

Lo valioso de esta experiencia de acompañamiento es que todo ese camino junto al migrante permitirá descubrir fuerzas inesperadas. En medio de nuestras debilidades e impotencias nos sentiremos afectados por aquellas experiencias profundas que he-

mos vivo y que nos ponen en sintonía con un Dios que camina con su pueblo. Y seremos testigos también de cómo esta experiencia personal de Dios en cada migrante transforma nuestras vidas desde el camino ya recorrido y se convierte en fuerza solidaria que anima, que invita al compromiso, que entusiasma en el trabajo y sobre todo que conecta con nuestros deseos más profundos.

Definitivamente, quien camina junto al migrante experimenta ese caminar como transformación y el camino como invitación incesante a la que no se puede permanecer indiferente. Es una experiencia que sumerge en una transformación interior que nos dinamiza a cada paso y frente a la cual no podemos estar inmóviles, más bien nos impulsará a estar puestos siempre en camino con la certeza y el sentimiento de que el Señor está siempre con nosotros y con aquellos a quienes acompañamos.

Lista de Referencias

- Cabarrús, C. R. (2000). *Cuaderno de Bitácora, para acompañar caminantes: Guía psico-histórico-espiritual*. Bilbao: Desclee.
- Castro Valverde, C. (2007). Dimensión cuantitativa de la inmigración nicaragüense en Costa Rica: del mito a la realidad. En C. Sandoval García (comp.). *El mito roto: Inmigración y emigración en Costa Rica* (pp. 25-50). San José: Editorial UCR.
- Gatica López, G. (2007). Migración nicaragüense a Costa Rica y políticas públicas. En C. Sandoval García (comp.). *El mito roto: Inmigración y emigración en Costa Rica* (pp. 113-144). San José: Editorial UCR.
- Grün, A. (2008). *En camino: Para una pedagogía de la peregrinación*. Buenos Aires: San Pablo.
- Habermas, J. (1999). *La inclusión del otro: Estudios de teoría política*. Barcelona: Paidós.
- Mendizábal, L. M. (1994). *Dirección Espiritual: Teoría y práctica*. Madrid: BAC.
- Revista Diakonia. (2005). *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*. Managua: Autor.
- Rocha Gómez, J. L. (2006). *Una región desgarrada: Dinámicas migratorias en Centroamérica*. San José: Lara Segura Editores.
- Sandoval García, C. (2006). *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José: Editorial UCR.
- Sastre García, J. (1993). *El acompañamiento espiritual: Para la pastoral juvenil y vocacional*. Madrid: San Pablo.